

los falsos productos intelectuales de una burguesía sin sentido ni vocación nacionales, sigue vibrando a su **evocación** con la emoción propia del auténtico ser, de ese ser argentino que ha reanudado la marcha hacia su liberación y reencuentro de todas las manifestaciones de su vida.

3

### Del señor diputado Luco

Señor presidente:

Cuando en el transcurso de este año se cumplía el centenario de la muerte del general de la Nación don Angel Vicente Peñaloza, el Chacho, se cumplía el centenario de una deuda que los argentinos teníamos para con un caudillo provinciano, auténtico, con sustanciado con la tierra a la cual defendía y con sus hombres, con quienes compartía sus luchas, sus sueños, sus angustias y la enorme, la profunda tristeza de ver cómo la Capital de la República iba avasallando, hora a hora, los derechos federales que, como último argumento, los defendió con lanzas que parecían de carne manejadas por brazos que parecían de acero.

El Chacho, a su turno y a su tiempo, peleó contra Facundo, Rosas, Lamadrid, Lavalle o Urquiza. Fue unitario y fue federal, porque no fue ni lo uno ni lo otro en un sentido ortodoxo doctrinario, sino que era del gran partido de la Patria, de los humildes y de los sufrientes. Su hombría y su valor, su bondad y su sentido justiciero de las cosas son legendarios. Alto, fuerte, la frente despejada, cruzada con una vincha y su cabellera y su barba rubias y pluviales, tenía más semejanza con el arquetipo de un cruzado que con la de un general de los ejércitos regulares. ~~El Chacho~~ combatieron o lo defendieron las figuras más prominentes de la política argentina de su tiempo, pero lo cantaron los poetas de la argentinidad como Hernández, Andrade y Gutiérrez.

Luchó por grandes y también por pequeñas cosas, pero, como un anticipo viviente de Martín Fierro, lo hizo a la criolla, sin dar ni pedir cuartel.

Fue el último de los grandes caudillos, sucesor en el gesto y en la motivación de sus luchas de un Pancho Ramírez, de un fraile Aldao o de un Facundo Quiroga. Su muerte, un siglo hace ahora, fue como el réquiem para el federalismo argentino. Por eso murió como no había vivido, retirado ya de las luchas, sin armas, y cuando tras cruzar todos los senderos de sus llanos lugareños, se había recluso a trabajar su predio y a atender por primera vez sus intereses.

La tragedia inútil de su muerte alevé, lanceado por un estulto, tiroteado cuando agoniza por una patrulla policial que lo persigue y luego decapitado sin piedad, con la saña que da la impunidad de la protección de los poderosos, y la postrer exhibición de su cabeza yacente en lo alto de una lanza, son explicaciones más que suficientes para comprender la tempestad de pasiones encontradas que despertaba su figura de leyenda.

Por sobre todas las cosas, la vida del general Peñaloza fue dedicada a defender su patria como él lo supo entender. En toda su trayectoria no hubo una sola claudicación mezquina; de ahí es que en nombre de ese pueblo para el cual vivió y por el cual murió, pedimos el homenaje de esta Honorable Cámara para quien hace un siglo encarnaba y acaudillaba a los humildes, a los despojados de su tierra.

4

### Del señor diputado Cheble

Señor presidente, señores diputados:

Como presidente del bloque de la Confederación de Partidos Provinciales, adhiero con estas palabras al homenaje que tributa la Honorable Cámara de Diputados de la Nación Argentina al general Angel Vicente Peñaloza, motejado el Chacho por el afecto popular. Es que, indiscutiblemente, fue una figura apasionante de las luchas por la organización nacional; el caudillo riojano representó, cabalmente, el empuje desbordante de un federalismo inorgánico, muchas veces incomprendido por los historiadores clásicos, regidos por esquemas inmutables del pasado.

No fue el Chacho, nacido en la hirsuta naturaleza llanista de La Rioja, un individuo de perfiles siniestros, sino un guerrillero gaucho que, si pudo excederse en la bravura del malón montonero, jamás aprovechó el botín de la contienda para su usufructo personal, ni tampoco para dominar, ni menos esclavizar, a los pueblos que vieron el paso de un soldado viril que cabalgaba como queriendo ganarle una carrera al tiempo para ponerla al servicio de la integración nacional.

Por ello consideramos que Angel Vicente Peñaloza debe tener un lugar preferente entre los argentinos, pues desde el interior del país atrajo con su cruzada reivindicatoria de los derechos provinciales la atención de la ciudad portuaria, que tenía y tiene puesta su mirada más al exterior que hacia tierra adentro.

Abanderado inferior de una gran causa superior, la causa del federalismo, que es la causa de la argentinidad.

Frente a este federalismo incipiente, los hombres de la Confederación de Partidos Provinciales, en el 3er. Congreso realizado en Santiago del Estero los días 21 y 22 de septiembre próximo pasado, estructuramos por primera vez en el país en forma orgánica el federalismo argentino, uniendo en un estrecho abrazo de patria estas dos etapas de la historia nacional, poniendo, como aquellos bravos caudillos, nuestra pasión y nuestras luchas al servicio de la defensa de los habitantes que integran las provincias argentinas que aspiran el reencuentro de sus hijos dentro de la dignidad y defensa nacional.

Es vergonzoso para la Nación que a esta altura de la evolución político-social existan en el país ciudadanos que no puedan radicarse en el suelo de su nacimiento en forma definitiva porque año tras año se ven en la necesidad de emigrar hacia el litoral en busca de los más elementales medios de subsistencia, y en vez de viviendas higiénicas y confortables, convierten sus ranchos en taperas, testigos mudos del drama de un pueblo que aspira a desarrollarse en plenitud, al igual que el resto de sus hermanas argentinas, y demostrar que la palabra «hermanos» no tiene un sentido hueco, sino el verdadero sentido conceptual de auténtica hermandad argentina, donde todos, sin excepción, podamos entonar, junto con las estrofas del himno de la patria, las estrofas del himno del trabajo fecundo, única forma de lograr la genuina pacificación nacional, para poner en marcha en forma definitiva los destinos del país.

Por estas consideraciones, y por lo expresado por un calificado autor, Angel Da Ponte, quien al referirse a la figura de Angel Vicente Peñaloza dijo: «En las galerías de los caudillos célebres que han sido fruto de nuestras contiendas civiles, el Chacho ha conquistado un puesto en el que se le encuentra

menos brillante que muchos pero más humano que todos», la Confederación de Partidos Provinciales considera que está bien este homenaje, y a él adherimos con esa unción que produce el recuerdo de quienes tanto hicieron por la reivindicación de los pueblos del interior.

5

### Del señor diputado Piragine Niveyro

Señor presidente: El general Angel Vicente Peñaloza fue la expresión de una Argentina que quedó atrás, superada por el progreso y la juridización del país, pero que sigue constituyendo el esqueleto, el armazón profundo del país de hoy. El Chacho representó la lucha criolla por una organización nacional en la que tuvieran voz y personería las provincias; significó la exaltación de la solidaridad criolla frente a un estilo de vida más duro y exigente que empezaba a implantarse en el país; expresó los anhelos de los pueblos del interior, empobrecidos y desesperanzados en un proceso económico que iba conformando una estructura volcada hacia el puerto de Buenos Aires.

El Chacho vivió sus motivos, sus respetables motivos, con sinceridad y con valentía. Nunca hurtó el cuerpo al peligro y sus 65 años fueron años peleados, ecuestres, mechados de enconzonazos y exilios, rumboadores en una infatigable peregrinación por las polvorientas huellas del Noroeste, en la búsqueda de una imagen de la patria tal como él la concebía.

No fue un promotor de ideas ni se preocupó por definir en documentos los motivos de su lucha. Por eso sus adversarios ganaron durante mucho tiempo la batalla del juicio histórico. Sarmiento había marcado con palabras imborrables su propia concepción del país, enfrentándola con la inopia del ejército gaucho, cuyos hombres no leían ni escribían pero eran argentinos como el que más, y cuyos ideales no por inéditos eran inexistentes.

Pero la historia ha reivindicado lentamente la figura apaisanada y generosa de este general montonero, de este jefe de gauchos que vivió y murió en fidelidad profunda a su modo de vida, al estilo del único país al que podía pertenecer. Hoy sabemos que el Chacho expresaba un rostro de la Argentina tan legítimo, por lo menos, como el que expresó Sarmiento; y que ambos, Sarmiento y Peñaloza, el gran sanjuanino y el valiente riojano, contribuyeron, cada uno a su modo, a construir el país de hoy.

Hoy se conocen algunos testimonios que dan fe de las motivaciones del Chacho en su trayectoria. Está, por ejemplo, la carta que envió al doctor Marcos Paz en ocasión de una gestión pacificadora que hizo un presbítero catamarqueño a principios de 1862. En esa carta, el Chacho detalla las causas del prestigio de que gozaba entre los pueblos. «Hace cuarenta y tres años que más que un jefe soy un padre —afirmaba el viejo caudillo— y todos saben que me he privado de lo más indispensable para que nada faltara a estos desgraciados». Ofrece desarmar sus tropas y cooperar con el gobierno de Mitre en la obra de organización nacional, pero pone una condición. ¿Pide garantías sobre su seguridad? No: por el contrario, rechaza el sueldo de general que el emisario le había ofrecido. ¿Solicita se le reconozca la influencia que ejerce en su provincia? De ningún modo; ofrece, inclusive, retirarse a vivir a otra provincia si se cree que su presencia en La Rioja puede resultar perturbadora. ¿Qué pide el Chacho como condición única para su sometimiento

Pide, sencillamente, que nunca le ponga en el caso de pelear contra Urquiza, su viejo jefe, retirado por entonces de las luchas cívicas en su baluarte entrerriano. He aquí la nobleza criolla del Chacho, que nada pide para sí, pero que pone su antigua lealtad al ex presidente por encima de su propia conveniencia...

Y éstos son los rasgos que hoy convocan el homenaje de esta Cámara: las modalidades que hacen del Chacho un exponente singular de ese país que, como dije anteriormente, fue superado por los tiempos, pero que sigue formando el substrato profundo de la Argentina de hoy. General vencido en todas sus batallas, caudillo de causas derrotadas, hundido por muchos años bajo los escritos tempestuosos de Sarmiento, el Chacho ha sido rescatado en su imagen pura y generosa, en su dimensión de hombre que vivió sus motivos con tanta consecuencia, que hasta rindió su vida por ellos.

Es justo que tributemos un homenaje a este caudillo popular, que ya se ha hecho leyenda y forma parte del acervo espiritual del país, en la tradición que se transmite de padres a hijos, en la evocación anónima de su gesta. Porque, como ha dicho Félix Luna en un poema que, precisamente, se titula *Se moría el Chacho*, bien pudo decir el caudillo cuando le clavaban la lanza homicida:

*Me matan, mas no saben que a mi nadie me mata  
pues no soy una carne desgarrada que muere  
sino un mito que el llano de La Rioja dilata  
y esta lanza iracunda que me asesta, me hiere  
pero también clausura con honor mi destino...*

En verdad, fue un destino de honor y de tragedia el de este llanista pausado y corajudo, que arrastró la adhesión de los hombres sencillos de la tierra cuando paseaba —rubios los cabellos, azules los ojos, apaisanado en su tonada, dulce y áspera a la vez como el vino de sus pagos— convocando tras sus banderas la esperanza y el valor de su gente.

Nosotros, señor presidente, con este homenaje demorado desde hace tiempo, clausuramos también honorablemente el destino póstumo de este caudillo nuestro, el general Angel Vicente Peñaloza.

6

### Del señor diputado Palacios

Sarmiento, impulsivo y genial, proclamó la fórmula del dualismo histórico: civilización y barbarie.

La civilización estaba en la ciudad; la barbarie, en los campos. ¿Pero puede clasificarse de bárbara la vida que produce la riqueza rural?

Está mal empleada la palabra barbarie cuando se afirma que en este estadio de la evolución se carece de norma. En la barbarie está el germen de todas las instituciones.

Por otra parte ¿qué es un bárbaro? Sarmiento, combativo y tempestuoso, arremetía contra todos y frecuentemente sus adversarios le lanzaban el epíteto de bárbaro. Unamuno ha dicho: «el ser bárbaro no implica el ser ignorante ni indocto, no. Un bárbaro puede ser doctísimo y sapientísimo. El bárbaro es el que irrumpe en un campo desde otro campo; con otras preocupaciones, con otra visión y otro sentimiento de la vida que aquellos que privan en el campo por él irrumpido». En este sentido puede decirse que Sarmiento y el mismo Unamuno fueron bárbaros.

El gran Sarmiento execra a la montonera, olvidando que la historia moral del gaucho del Río de la Plata es una parte integrante de la historia política de las naciones Argentina y Oriental.

El gaucho era un tipo humano de personalidad original que ennobleció la heroica contienda con su insobornable sentimiento de libertad. Era —dice López— un europeo que había caído en la vida errante de los desiertos americanos; constituía ahora, un tipo especial que reunía caracteres distintos. El introdujo —concluye López— una revolución social en el seno de la revolución política moviéndola en sentido verdaderamente democrático y en busca de una civilización liberal libre de las trabas del pasado. Aquí el gran historiador coincide con Esteban Echeverría y Bartolomé Mitre, quien afirma que las multitudes bárbaras hicieron brotar una revolución del seno mismo de la revolución.

Las masas campesinas que el prócer de ímpetus incontenibles consideró llenas de instintos hostiles a la civilización, fue la montonera que por razones económicas y espirituales tuvo un papel importante en la historia argentina pues llevaban en su entraña el instinto de libertad y un sentimiento de autonomía que habría de impedir la instauración de una monarquía con príncipes extranjeros, salvando así a la República y a la revolución.

La política liberal había arruinado las pequeñas industrias precarias del interior en cuanto entraron en competencia libre con la gran industria extranjera. Así las poblaciones campesinas, no por incapacidad de adaptación, sino por la imposibilidad de competir con ellas se levantaron en rebeldía y llegaron a formar masas turbulentas.

Masas empobrecidas, impulsadas por factores económicos y sobre todo por un sentimiento de independencia local, disolvieron la Nación en un movimiento contra Buenos Aires, cuyos recursos y cuya dirección impuesta a los demás pueblos eran, sin embargo, necesarios para los fines de la revolución. Y la revolución siguió su curso, pero gestando otra revolución con carácter social, en un país desierto e ignorante, donde luchaban sin conciliación posible los hombres de Buenos Aires y las masas rebeldes de las campañas que traían fuerza nueva, y un impulso irreducible. Se abrió entre ellos un abismo que parecía insalvable. Pero la guerra cruenta permitió, al fin debido a la comprensión del hecho social, la instauración de las nuevas formas republicanas. Y eso fue posible porque una sabia poderosa de la juventud y de reorganización animaba en medio del caos las aspiraciones con que los elementos sociales se combatían. A la vez que las masas luchaban —dice López— que desaparecían en un día los ejércitos y los gobiernos, una inclinación fraternal y unificante, tendía a organizar de nuevo la vida social; un esfuerzo común defendía la independencia ganaba victorias importantes y libertaba a las otras repúblicas interesadas en la misma causa.

La realidad histórica demostró a Rivadavia el absurdo de la monarquía del Plata, y llamado por Rodríguez se consagró a realizar el pensamiento de Mayo inaugurando el sistema representativo republicano, y fundando instituciones libres que habían de servir de modelo en el futuro, cuando llegase el día de reproducir el pacto social de la unión de todos los hermanos.

Esteban Echeverría vio claro en el drama de impresionante belleza de nuestra historia. Fue quien proclamó la necesidad de acercar la ciudad al campo, haciendo la síntesis superadora. Consideró la guerra

civil como nuestra guerra social —doloroso y convulso parto de los elementos de nuestra regeneración moral—, con una comprensión que revelaba su clara visión de la realidad argentina. Afirmaba que si en sociedades viejas, ha sido con frecuencia, síntoma de disolución, en las nuevas, en cambio, marcan generalmente, la época en que se lucha para tomar cuerpo y relieve, para formar el carácter y la fisonomía de un pueblo; y puede decirse que sólo en su rígida escuela se nutren y se construyen las grandes y robustas nacionalidades.

También Mitre, cuando escribe la historia con sentido filosófico, afirma que la vida colectiva de nuestro país se agita y bulle como la savia, así en el seno de los ejércitos y asambleas populares, como en los desiertos donde se despiertan y levantan multitudes, hasta entonces segregadas de la vida social y política. Todos siguen el movimiento a su manera, interpretándolo, aplicándolo y haciendo brotar una revolución del seno mismo de la revolución. Las dos revoluciones —dice el autor de la *Historia de Belgrano*— se confunden, se dividen y concurren al triunfo común, lo aceleran o retardan, disuelven por la violencia la sociedad vieja; malgastan los elementos de regeneración del nuevo orden hasta el extremo de aniquilar, a veces, la vida nacional, conquistando, unidas, la independencia, pero dejando por terminar la segunda revolución hasta asumir su forma definitiva, entrando como, a elemento de derecho, de fuerza, de vida robusta la mayoría que la secundó la desnaturalizó en parte, la encaminó y contribuyó a la vez a ponerla en peligro y a salvarla.

Aquellas multitudes fecundas que pusieron en peligro a la revolución, para después salvarla, —según la palabra de Mitre— disolvieron el Congreso y acabaron con las pretensiones monárquicas en el Río de la Plata. El caudillo más ilustre de esas multitudes fue Artigas, prócer argentino, fundador de la nacionalidad uruguaya.

Y así los mismos detractores son los que exaltan el significado social y los resultados políticos del movimiento que Artigas dirigió en las provincias del litoral.

Vicente Fidel López, otro enconado detractor de los caudillos declaró que Buenos Aires, por una necesidad fatal de las cosas, tenía que usurpar la facultad soberana de dirigir a los demás pueblos y de imponerles un gobierno militar fuerte para reunirlos en un empuje común contra las tentativas repetidas que hacía la metrópoli para reconquistar el perdido imperio de sus colonias. Se imponía una centralización de todos los medios políticos y militares, puestos en manos de Buenos Aires, pero al mismo tiempo esa centralización —dice López— era fundamentalmente contraria a los dogmas filosóficos y a las ideas sociales que la revolución misma ponía en boga y nada podía haber más contrario a sus principios proclamados que el absolutismo riguroso concentrado en una de las comunas del virreinato e impuesto sobre las demás.

El historiador que ha fustigado a Artigas con más vigor, sostiene que la centralización porteña oprimía a las masas campesinas agitando al mismo tiempo con nuevos intereses. La acción oficial las revolucionaba y conmovía, y descendiendo a todas las cabañas, y hasta las últimas capas de la población urbana, buscaba con urgencia soldados y jefes.

Por todo esto, adhiero al homenaje que se propone para el famoso caudillo que murió trágica e injustamente y que aportó en su acción un sentido de libertad salvaje y un principio de soberanía del pueblo.

## II

## A la memoria de ex legisladores fallecidos

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Por Secretaría se va a dar lectura de la nómina de los ex legisladores fallecidos.

**Sr. Secretario (Oliver).** — Ellos son: Félix J. Liceaga, Andrés Justo, Ignacio Arieta, Manuel V. Besasso, Manuel Pinto, Obdulio Siri, David Zambrano, José León Rodeyro, Juan Godfrid, Justo V. Rocha, Manuel García, Julio J. Busaniche, Juan Alberto Solari, Luis R. Mac Kay, José A. Aybar, Antonio Fasce, Francisco A. Ravetti, Juan M. Casella Piñero, Demetrio Buira, Rufino Inda, Pedro Numa Soto, Enrique Jardel, Alfredo A. D. Penacchi, Alfredo Alonso, Miguel Pascarelli, Juan Nigro, Luis Barrio y Honorio Basualdo.

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Tiene la palabra el señor diputado Damiani.

**Sr. Damiani.** — Solicito autorización de la Honorable Cámara para insertar en el Diario de Sesiones el texto del homenaje que pensaba rendir de viva voz a la memoria del ex diputado nacional Julio J. Busaniche.

El mal estado del tiempo me impidió llegar a la Capital Federal el día de ayer, lo que no me permitió conocer con anticipación el temperamento propuesto por los presidentes de bloques.

En razón del acuerdo de los presidentes de bloque, solicito autorización para que se inserte en el Diario de Sesiones el texto del justiciero homenaje que la bancada del radicalismo del pueblo iba a rendir hoy a la memoria del ex diputado nacional Julio J. Busaniche.

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Oportunamente se considerará ese pedido.

Tiene la palabra el señor diputado Tarulli.

**Sr. Tarulli.** — Solicito que se inserte en el Diario de Sesiones el texto del homenaje que el señor diputado Cárdenas y el que habla haremos llegar a la Secretaría, en memoria del ex diputado nacional José Antonio Aybar, que representó con gran acierto y probidad moral a mi provincia y se comportó en este recinto como un auténtico defensor de los intereses de la clase trabajadora de Tucumán y bregó por la solución de cuanto problema tucumano se planteara, especialmente en el ámbito de la Capital Federal.

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Oportunamente se considerará la indicación del señor diputado por Tucumán.

Tiene la palabra el señor diputado Ferreira.

**Sr. Ferreira.** — Como adhesión al homenaje que tributa la Honorable Cámara al ex diputado Mac Kay solicito que se incorpore al Diario de Sesiones la exposición escrita que haré llegar seguidamente a Secretaría.

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Oportunamente se considerará la indicación del señor diputado por Entre Ríos.

Tiene la palabra el señor diputado Piragine Niveyro.

**Sr. Piragine Niveyro.** — Señor presidente: de acuerdo con lo convenido en la reunión de presidentes de bloque, solicito se inserte en el Diario de Sesiones la exposición que en homenaje al ex diputado nacional Juan Alberto Solari iba a pronunciar en nombre del bloque de la Unión Cívica Radical Intransigente.

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Oportunamente se considerará la indicación del señor diputado por Corrientes.

Tiene la palabra el señor diputado Iglesias.

**Sr. Iglesias.** — Señor presidente: sobre mi banca tengo un breve discurso rindiendo cálido y justiciero homenaje al ex diputado nacional don Antonio Fasce.

Solicito, por intermedio de la Presidencia, la inserción del texto de ese discurso en el Diario de Sesiones.

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Oportunamente se considerará la indicación del señor diputado por la Capital.

Tiene la palabra el señor diputado Antón.

**Sr. Antón.** — Señor presidente: en nombre propio y en el de los diputados Rodolfo Baccay y Roberto Galeano, integrantes todos de la representación misionera, voy a solicitar la inserción de las expresiones correspondientes al homenaje que hubiéramos querido rendir a la memoria del ex diputado nacional don Alfredo Alonso.

**Sr. Presidente (Mor Roig).** — Oportunamente se considerará la indicación del señor diputado por Misiones.

Tiene la palabra el señor diputado Zanoni.

**Sr. Zanoni.** — En razón de tener que ocuparnos de tantos asuntos que interesan a la República, hemos dejado un poco de lado el homenaje a nuestros hombres que han caído en la lucha, justamente buscando la solución de estos graves problemas que vive el país.

Yo también he llegado a última hora en esta cuestión. No conocía la resolución que se había adoptado respecto a la tributación de homenajes, pero tenía necesidad de recordar aquí a aquel hombre que había representado a la provincia de Santiago del Estero y que trajo a este recinto su verbo candente, su gran ilustración, su amor a la Unión Cívica Radical y depositó en este recinto su sabiduría, como una flor de esperanza, para ser norte y guía de los hombres que debían seguirle. Me refiero al ex diputado nacional don Luis Barrio, ese luchador infatigable que rindió su consecuencia al partido y su acción fecunda, precisamente en una tribuna partidaria, mientras estaba dirigiéndose al pueblo para esclarecer conciencias. Luis Barrio, que había vivido para su pueblo y para su partido, sintió destrozado el corazón, abatido por la angustia de los momentos difíciles que pasaba la República. Así cayó Barrio, pero quedará esta pléyade de hombres que van a seguir sus huellas, que van a hacer lo que él no pudo realizar.